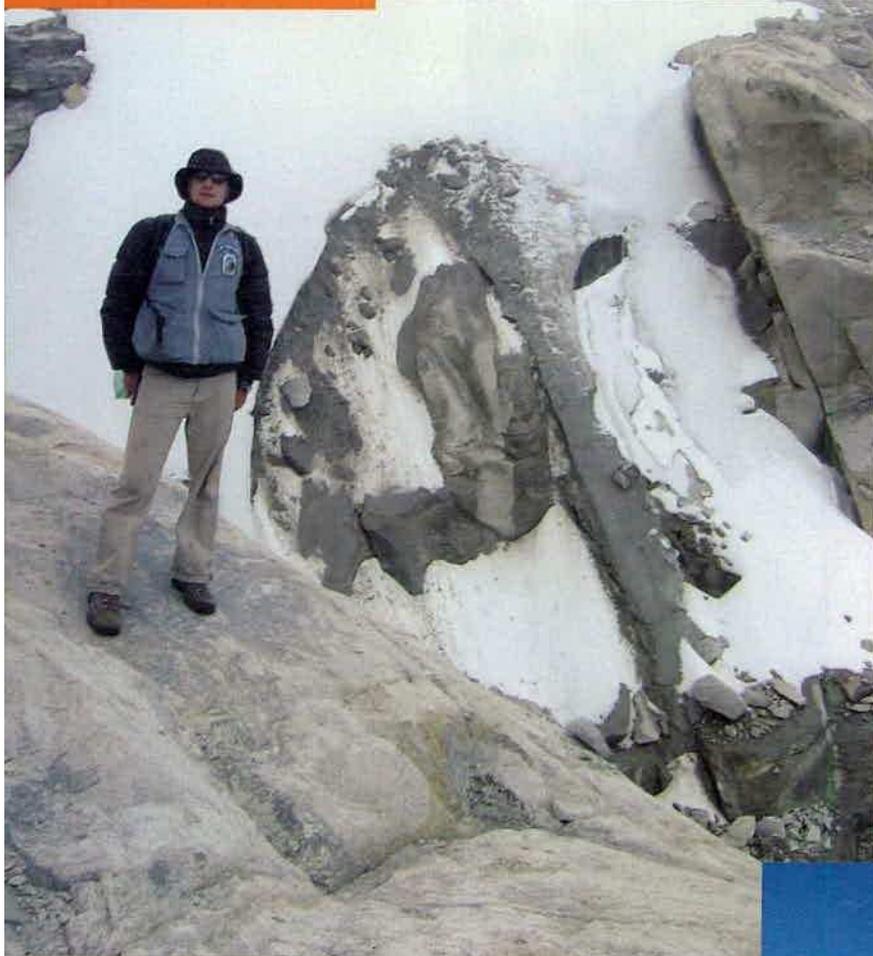


Personajes



El frío del páramo ya se le había medido en los huesos. El frío y el sabor del viento helado y el verde en todas sus tonalidades y la soledad. La soledad de los cuerpos y de las almas.

La soledad de las voces, la soledad. Algo que no había visto nunca. Y algo que no había vivido. Un sabor y un aroma a hierba profunda y una alegría dentro suyo, y alguna zozobra, y algo de ansiedad, y un amor por lo desconocido: pequeñas sensaciones y sentimientos que saltaban o temblaban con él cada vez que el carro en el que se movilizaba se engullía en el pantano de la carretera destapaba por la que se abría paso:

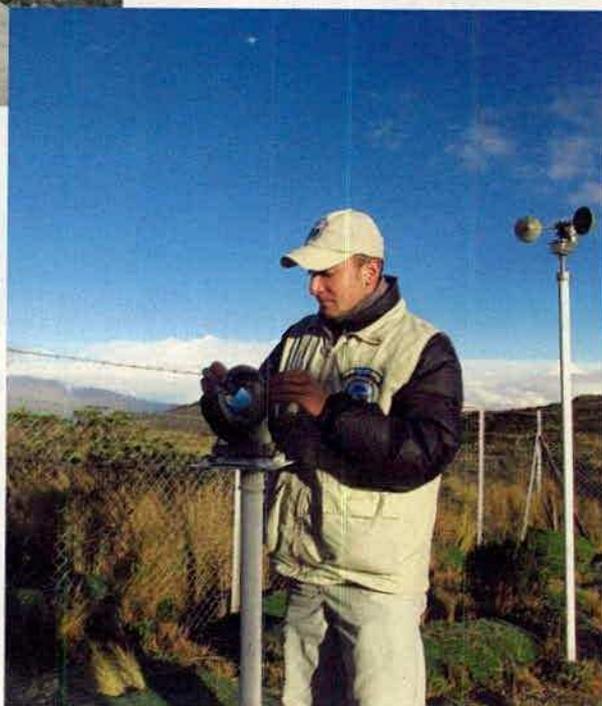
—¿Sabe? Es una llegada que sorprende —me cuenta su voz al otro lado del teléfono—. Dos horas de un camino que conduce exclusivamente a Chingaza y ni un solo rastro de civilización. En ese momento me terminé de enamorar de la naturaleza.

El parque Nacional Natural de Chingaza está en la cordillera oriental de los Andes, al noreste de Bogotá, y sus montañas guardan los secretos de los pueblos indígenas que allí te-

LOS VIGILANTES DE LA TIERRA

Los Parques Nacionales Naturales dependen de muchas personas, incluso de voluntarios que confirman que en Colombia hay decenas de puertas que conducen al paraíso.

Por **Nátaly Londoño**



↑

David Acero, hoy médico general del Hospital de Melgar, se convirtió en ecologista luego de su primera experiencia como guardaparques en el páramo de Chingaza.



↑
María Alejandra Méndez es estudiante de tercer semestre de Biología Ambiental en la Universidad Jorge Tadeo Lozano.

nían asentados sus resguardos: los muiscas y los guayupes. Una suerte de magia, misticismo e historia en cada centímetro de bosque.

—Uno siempre tiene la oportunidad de escoger el sitio donde quiere estar. Y aunque son muchas áreas, no todas están habilitadas para guardaparques voluntarios, bien sea por problemas de seguridad (los parques en zonas rojas están cerrados), o porque no hay instalaciones. Para mi primera vez, en el 2006, escogí a Chingaza porque quería saber cómo era esa experiencia antes de aventurarme a conocer sitios más lejanos que implicaran gastar más recursos (Parques Nacionales no se hace cargo de la alimentación ni del transporte de los voluntarios). En ese tiempo yo vivía en Bogotá y esa cercanía al parque significaba gastar menos. —Me sigue contando todavía en el teléfono. Él. Que se llama David Acero y que es bogotano y que, entonces, era estudiante de Medicina.

El frío del páramo se quedó afuera cuando llegó. Adentro, la calefacción lo abrazó por completo. La calefacción y la hospitalidad de los que allí lo esperaban: cuatro o cinco funcionarios (personas que



han aprendido todo sobre el medio ambiente de una manera empírica, de capacitaciones a las que asisten, de lo que les cuentan los investigadores y los profesionales de Parques Nacionales). Treinta días duraba su estancia y desde el primer momento ya sabía cuál era su sitio en esa casa de instalaciones cómodas, de un cuarto para él solo, de una ducha de agua caliente. Y sabía también cuáles eran sus funciones como guardaparques: “Un día apoya los programas de conservación; otro día hace caminatas de registro y control, que consisten en el monitoreo de los animales, las plantas y las afectaciones al medio ambiente; otro día acompaña a los investigadores”, le iba indicando el encargado del área protegida, mientras llenaban el cronograma.

—Las estadías en Chingaza se enfocan mucho en registro y control porque hay posibilidad de cazadores, de pesca ilegal y, como es necesario estar seguros de que no haya ningún tipo de impacto negativo o casería, se

hacen las caminatas de manera constante, son recorridos de cuatro, cinco o seis horas en los que uno aprende muchísimo sobre fauna y flora, y sobre las costumbres de la región—dice David, que ya no es un estudiante universitario sino un médico general, un ecologista de tiempo completo (por vocación y convicción) y un guardaparques voluntario esporádico: ha estado en los Parques Nacionales Naturales de Puracé, Gorgona, Cocuy, Corales del Rosario, Isla de Salamanca, Los Nevados, Cueva de los Guácharos y Sumapaz.

En el páramo, David se chocó con una realidad que nunca había sentido cercana y se enamoró de ella:

—Ser guardaparques —me aclara—, es la mejor forma de conocer el país, de experimentar la verdadera naturaleza, de tener un conocimiento científico sobre nuestra vegetación y nuestros animales, de tener conciencia ambiental y luchar por la conservación de las áreas protegidas. Significa, todo el tiempo, estar



descubriendo algo nuevo y recorrer caminos que nadie más ha recorrido.

Utría

María Alejandra: “No había ningún tipo de luz en el cielo y, sin embargo, parecía que sí. Parecía que algo nos iluminaba, que una lámpara flotante e invisible estaba sobre Utría, sobre el mirador en el que estábamos. El fondo del cielo era azul, negro y profundo, imperceptible casi entre el parpadeo de tantas estrellas. Nunca vi una noche como aquella. Me sentía flotando, sentía que nada de eso era real, aunque lo tenía ante los ojos. Me decía: ‘¿En qué lugar estoy?’. Todo era un cuento: la claridad de la noche, tantas constelaciones juntas, tantas estrellas fugaces allá arriba, y en el mar, un conjunto de seres microscópicos y biolumi-

niscentes, llamados plancton, cada tanto chocaban contra la costa y se desahacían en polvo de magia, veíamos su destello en el agua. Yo sentía nostalgia. Sentía que ese viaje era más de lo que yo había soñado, y que ese momento no quería que se fuera nunca”.

Cuando María Alejandra Méndez, en el 2016, emprendió su viaje al Parque Nacional Natural Utría, iba con el corazón abierto a lo que se le presentara en el camino. Tenía 19 años, había terminado una tecnología en Recursos Naturales y estaba presta a salvar el mundo, a defender la naturaleza. Siempre había sido admiradora de Parques Nacionales. Siempre había querido conocer Chocó, pero su familia se mostraba reacia por la historia triste con la que carga esa región de Colombia.

Hasta entonces no se había aventurado a inscribirse en las convocatorias de guardaparques voluntarios por dos razones: era menor de edad y nunca había viajado sola y tanto tiempo. Un día la decisión llegó con el destino: vio la convocatoria en la página web de Parques, envió los documentos que le pidieron como requisito, hizo la entrevista presencial y recibió un correo donde le contaban que había pasado todos los filtros.

Cuando María Alejandra emprendió su viaje a Utría estaba hecha un nudo de nervios: “Viajé por Sateña. Llegué desde Bogotá a Medellín, luego a Nuquí y ahí me recogieron unos funcionarios de Parques que estaban dictando unos cursos de educación ambiental allá. Nos fuimos en lancha a Utría. Allá conocí a las personas con las que iba

a convivir: a los funcionarios de la zona que hacen actividades operacionales y que dan a conocer a su comunidad las labores que se hacen en el parque; y a los profesionales que hacen monitoreo de aves, trabajo con comunidades Embera, control y vigilancia de áreas protegidas, y trabajos de educación ambiental”. También conoció las instalaciones: una cabaña en forma de ‘U’ donde los hombres dormían de un lado y las mujeres del otro.

Su rol de guardaparques consistía en apoyar las labores de ecoturismo, es decir, recibir a las personas que llegaban en lanchas y acompañarlas en el recorrido. Utría tiene tres zonas que son atractivos turísticos: el puente de 1.300 metros sobre el manglar, Playa blanca y el Camino Cocalito. También debía apoyar a los funcionarios a hacer recorridos y avistamiento y monitoreo de aves: “Ello, con solo escucharlas, ya saben qué ave es, mi tarea era anotar esos nombres, buscarlos en el libro guía de aves de Colombia y llenar el formato”.

Cuando María Alejandra emprendió su viaje a Utría, no sabía que, durante sus 45 días de estadía, aparte de todo lo que podía aprender sobre ecología, iba a tener tiempo de caminar todas las tardes hasta la playa para jugar con el mar, o de ir hasta el puente para esperar a que pasaran los micos. No sabía que ver animales libres le produciría tanta alegría, tanta conmoción, tanto amor. No sabía que después de dos años no podría sacarse de la cabeza el recuerdo de que: “¡En Utría todo brilla!”.